

la utopía de una historia total

entrevista con el historiador francisco uriel zuluaga, primer egresado del Departamento de historia de la universidad del valle

Para un departamento de historia que ha cruzado algo más de tres décadas es importante aproximarse a un autoexamen de su trayectoria vital. Parte de ese autoexamen debe contemplar el reconocimiento de aquellos que hicieron su contribución pionera en la profesionalización del oficio de historiador en esta parte del país. El profesor Francisco Uriel Zuluaga representa los primeros pasos que dio la Universidad del Valle en la transformación de una especie de escuela politécnica a una verdadera universidad con el reconocimiento institucional de su componente de saberes humanísticos.

El profesor Zuluaga es el resultado más genuino, de los más perdurables y de los más prolíficos, en lo que ha sido el avance, con todos los accidentes posibles, de la disciplina histórica en el Valle del Cauca y en su proyección al resto de la comunidad científica nacional. Fue el primer egresado del entonces incipiente departamento de historia y hasta hoy es su más permanente docente. Las posteriores generaciones de historiadores e, incluso, de miembros de otras disciplinas de las ciencias humanas, no pueden negar el influjo magisterial que él ha ejercido de las más diversas formas: desde la elemental cátedra en el salón de clase hasta la conversación de cafetería; desde aquel remoto manual de paleografía que sirvió en la formación de los primeros departamentos de historia de otras universidades hasta su aporte a los estudios históricos regionales; desde su ensayo biográfico sobre el general José María Obando hasta sus recientes estudios de las comunidades afrocolombianas.

En un país académico tan reacto a la autoestima y tan proclive a la autoaniquilación, que también oscila entre la hipérbole y la sepul-

tura, el recurso del homenaje en vida parece excepcional. De hecho, todos somos hasta ahora unos sobrevivientes de una sociedad que se empecina en exacerbar sus conflictos. Esta entrevista y otras que harán parte de los próximos números de esta publicación pretenden devolvernos la oportunidad de creer en nosotros mismos, de respetar lo poco o mucho que hemos podido crear, para bien o para mal del desarrollo del oficio de historiador en Colombia.

Dirección de la Revista *Historia y Espacio*

Universidad del Valle, julio de 1999.

H. y E.: Comencemos por el principio, ¿cómo se inició usted en la Historia?

Francisco Uriel Zuluaga (F.U.Z.): Yo ingresé a la Universidad del Valle en 1962 y comencé en lo que en ese entonces se conocía como la modalidad de estudios básicos, algo semejante a lo que hoy denominamos ciclo de fundamentación. En los estudios básicos veíamos asignaturas de diferentes áreas durante el primer año. En ese entonces existía un Instituto de Humanidades que intentaba cubrir casi todas las disciplinas de las ciencias humanas. Mis expectativas estaban repartidas entre la filosofía, la historia y las matemáticas puras. Para el tercer semestre, el grupo inicial comenzó a escoger diferentes caminos, de tal modo que 14 ó 15 ya eran estudiantes de Letras, 5 ó 6 de Filosofía y yo quedé como el único y el primer estudiante de Historia.

En el momento que llegué a la Universidad del Valle apenas se estaba dando el salto de politécnico a Universidad, las ciencias humanas estaban formando sus primeros departamentos y en esos departamentos, a su vez, se forjaban los primeros programas de las futuras carreras.

H. y E.: ¿Quiénes fueron sus primeros profesores y qué influencia recibió de ellos?

F.U.Z.: Para la formación de los departamentos de Literatura, Filosofía e Historia, la Universidad trajo a un grupo de personas destacadas que iban a orientar esa etapa inicial. Para Literatura llegaron Jorge Zalamea y Kurt Levi, para Filosofía Rubén Sierra Mejía y para Historia el profesor Antonio Antelo Iglesias. El profesor Antelo era un medievalista que había llegado a la Universi-

dad Nacional a remplazar a José María Ots Capdequi. Al lado del profesor Antelo estuvieron James Daniel, Gonzalo Hernández de Alba y Óscar Gerardo Ramos. El norteamericano Daniel representaba a la fundación Rockefeller que estaba financiando la formación de los primeros departamentos de Humanidades.

Con el profesor Hernández de Alba tomé dos cursos: Historia de la ciencia y Filosofía de la ciencia. Así comencé a acercarme a Heidegger y Sartre cuyos influjos, sobre todo el de Sartre, fueron para mí muy visibles en mi estudio sobre José María Obando, al menos en lo biográfico, en la relación que hay entre un individuo y el desenvolvimiento general de la sociedad.

H y E: ¿Cuál fue la importancia del profesor Antelo en su formación?

F.U.Z.: El profesor Antelo era un republicano español que había luchado contra la dictadura de Franco y debió abandonar su país. Provenía de una escuela de historiadores relacionada con la *Revue Historique*; él era muy cuidadoso con la crítica interna y externa de las fuentes, algo que tenía que ver con su formación filológica. Como yo era su primer y único alumno en esta Universidad, él procuró llevarme a la investigación; de cada curso había algún tipo de reflexión sobre la teoría de la historia. Con él aprendí, además, paleografía, y me impulsó en la consulta de archivos. El profesor Antelo se encargó también de reunir en 9 tomos, que reposan en la Biblioteca Central, una selección de documentos titulada *Textos y documentos para la historia de la cultura*. Lamentablemente, ese trabajo es poco conocido y poco utilizado por profesores y estudiantes. Con su ayuda y el apoyo de James Daniel, se presentó y adelantó un proyecto que dotara de infraestructura archivística al plan de Historia, al tiempo que contribuyera a la organización de los archivos regionales.

H y E: ¿En qué consistió ese proyecto de organización de archivos?

F.U.Z.: Con el auspicio de la Fundación Rockefeller yo fui encargado de liderar un equipo de trabajo para organizar y microfilmear los archivos en Cali. Inicialmente nos interesó el Archivo Central del Cauca, pero ya estaba muy bien organizado por don José María Arboleda Llorente. Nos preguntábamos por dónde comenzar, resolvimos entonces recuperar todas aquellas fuentes útiles para una Historia económica; así que empezamos por la notaría 1ª de Cali y luego la notaría 1ª de Buga. En esa ciudad continuamos

con el archivo judicial, porque en Cali no se nos permitió el acceso a esos documentos. Estoy hablando de 1968, recuerdo que hicieron parte del equipo Guido Barona y Jorge Salcedo. Para 1972, el movimiento estudiantil se tomó la Universidad; asaltaron la Fundación Rockefeller y destruyeron material archivístico en fotografía. Desde ese momento, la Fundación decidió no colaborar más con el proyecto. Además llegó una nueva dirección a la Facultad que consideró que era mejor, con los recursos que quedaban, crear una sala de lectura de microfilmes. Hasta ahí llegó el proyecto de organización y microfilmación de archivos. Es bueno advertir que todo ese trabajo de microfilmación está guardado y olvidado en el Departamento (original y negativos) y también hay una copia en la Biblioteca Central.

Otro resultado del magisterio del profesor Antelo y de este trabajo con archivos fue la elaboración del folleto titulado *Las ideas básicas de la paleografía* que fue muy difundido en otras universidades del país, donde estaban naciendo también los departamentos de Historia.

H y E: ¿Cuándo se graduó y cómo son sus vínculos con la Universidad del Valle en su nueva condición de profesor de Historia?

F.U.Z: Me gradué en 1967, en un momento coyunturalmente difícil para la Universidad. Se vivía, entonces, el tránsito de la administración de un humanista, don Mario Carvajal, a la de un tecnócrata, Alfonso Ocampo Londoño. Se debía enfrentar la expansión física de la Universidad, se gestaba la construcción de la sede de Meléndez. Por tanto, estaba latente, y a veces expreso, un debate conceptual sobre la Universidad y el papel de cada disciplina en ella.

Cuando me vinculé como profesor del Departamento, desde 1968, me acompañaron inicialmente los historiadores Carlos Sterling y Juan Posada, el arqueólogo Julio César Cubillos, quien fundó el museo Arqueológico de la Universidad, y un abogado con carrera diplomática, Jaime Madriñán-Díez. Más adelante, entre 1972 y 1974, se vincularon Margarita Pacheco, Jorge Salcedo y Jaime Atencio; también llegaron Edgar Vásquez e Israel Levites.

La enseñanza al comienzo se caracterizó por ser acumulativa de datos y hechos conocidos; los estudiantes después nos exigieron mayor reflexión, la que -acorde con su tiempo- se enmarcó en

tendencias marxistas. Cuando elaboramos el primer programa académico nos encerramos durante una semana en el hotel Guadalajara de Buga. Allí tuvimos fuertes discusiones en las que se expusieron las tendencias de cada cual: el liberalismo de derecha, el trotskismo y las simpatías por el maoísmo o por el comunismo prosoviético, afloraban entonces. La discusión en lo teórico se volvió compleja; discutíamos, por ejemplo, si una asignatura debería llamarse Teoría del conocimiento o Epistemología, ya fuese que se interpretara el asunto desde un punto de vista u otro de la izquierda. En todo caso, era imperativo introducir el marxismo en la reflexión sobre la historia; esto le dio un fundamento economicista al estudio de los procesos históricos, al tiempo que puso sobre el tapete el debate sobre los métodos que debían adoptarse.

H y E: ¿Cómo es su vínculo con el marxismo y qué aplicaciones le encontró en sus trabajos como historiador?

F.U.Z.: Mis primeros contactos con el marxismo los tuve en el bachillerato en circunstancias bastante personales y también por alguna amplitud ideológica que caracterizó al Colegio Villegas. En mi grupo, además, había unos compañeros cuyas familias tenían algún vínculo con el marxismo y con el MRL que orientaba Alfonso Barberena. Allí recibimos las primeras clases de marxismo y más exactamente una especie de resumen de la *Ideología alemana*. Después participé de algunas manifestaciones acompañando al Moec. Con esas inquietudes ingresé a la Universidad. Aparte de esos acercamientos, primero con el Moec y luego con el Moir, un par de acontecimientos influyeron en mi actividad académica. En mis primeros años de profesor apareció una traducción, hecha por Jorge Orlando Melo, del *Modo de producción asiático*, un texto en mimeógrafo que se distribuyó por el país. Yo preparé un seminario con base en ese texto, el que para mí constituía una gran novedad y creo que esa fue la primera clase de marxismo que se dio en el departamento, por lo menos.

H y E: ¿Ese marxismo era un reduccionismo a la explicación económica de cualquier fenómeno?

F.U.Z.: Hasta ese momento, sí.

H y E: ¿Cómo logra Usted establecer un diálogo entre el marxismo, su simpatía por el maoísmo y su interés por la obra de Sartre? ¿Cómo logra elaborar una síntesis?

F.U.Z.: Las reflexiones sobre el Modo de Producción y otras, simultáneas, en torno a las *Cinco tesis* de Mao Tse Tung y su aproximación al problema del proceso del conocimiento, me llevaron a centrar la atención en los problemas de los métodos en la Historia. De otra parte, las afirmaciones de Marx acerca del método de la economía política en la *Introducción general a la crítica de la economía política* muestran cómo el proceso de conocimiento es un proceso cualitativo que culmina en una síntesis. A esta altura, la necesidad de articular los desarrollos económicos de la historia con los desarrollos culturales e ideológicos, me descubrieron un vacío que hizo evidente Sartre en *Sur la question de la méthode* y *Qué es la literatura*.

H y E: ¿Ustedes en aquel momento estuvieron atentos a los debates entre Sartre y Foucault, a las polémicas entre el marxismo y el estructuralismo, al interés por la obra de Gramsci?

F.U.Z.: El interés por Antonio Gramsci se plasmó en el deseo de dilucidar la función social del historiador; mientras que Louis Althusser contribuyó más bien a nuestras discusiones sobre el problema del conocimiento y sobre los métodos de investigación histórica. Estas preocupaciones tuvieron vigencia durante la década del setenta.

Para la década siguiente superamos la etapa de reflexión teórico-metodológica y se buscó la aplicación de esa reflexión en investigaciones específicas con un fundamento muy fuerte en los archivos regionales acompañadas de la lectura de autores como Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson. Simultáneamente estábamos recibiendo el influjo de la escuela de Los Annales.

H y E: ¿Cómo asimilaron Ustedes, atraídos en ese entonces por el marxismo, y con la llegada al Departamento de Historia de Germán Colmenares, las novedades de la escuela de los Annales?

F.U.Z.: Indudablemente hubo un choque. Digamos que Colmenares no llega aquí de una manera muy regular; llega desde arriba en calidad de decano, pero cuando asumió su condición de profesor supo formar un equipo de trabajo con el resto de profesores del departamento. La presentación formal de la Escuela de *Annales*

en la Universidad del Valle se produjo cuando él trajo a Pierre Vilar, cuya fecha exacta no recuerdo. Ahora bien, de Pierre Vilar nos llamaba la atención la relación intermedia entre marxismo y escuela de *Annales*, así que él se convirtió en la puerta que permitió que esa relación no se hiciera muy traumática y que no hubiese aquí un debate muy fuerte. *Annales* nos brindaba otras perspectivas, aunque simultáneamente nos parecía cierto que, aunque se abriera a las demás disciplinas sociales en provecho del análisis histórico, en últimas, por lo general, sólo abre historias en determinados aspectos: llámese historia económica, historia social, en fin. Pero, en realidad, no lograba presentarnos la forma de hacer una historia total; siempre era una historia interdisciplinaria que no iba más allá del nexo entre dos disciplinas. En ese tiempo preferíamos hablar de historia total, hoy quizás sea mejor hablar de historia holística, como para insinuar que la utopía puede ser más alcanzable.

H y E: Bueno. Usted después se fue para la Universidad de Vanderbilt a hacer sus estudios de maestría con el profesor Joseph León Helguera; ¿qué encontró allí?

F.U.Z.: Me había ido para Vanderbilt porque ya tenía desde mucho antes muy buenas relaciones con el profesor Helguera. A mí me interesaba tener acceso a la biblioteca de Helguera y a la de la Universidad; porque la biblioteca particular de Helguera es de enorme importancia, sobre todo para el estudio del siglo XIX. Lo que aprendí fundamentalmente de Helguera, como sucede con muchos historiadores norteamericanos, es el rigor que a veces llegaba al extremo.

H y E: ¿Cuándo y por qué Usted comienza a inclinarse por los estudios históricos regionales?

F.U.Z.: Creo que cuando retorno de Vanderbilt se incrementa en mí el interés por la historia regional, quizás como resultado de mi tesis sobre el general Obando y porque encontraba una región muy definida, como era El Patía. Pero tenía mis preocupaciones desde mucho antes, desde los tiempos en que con el profesor Daniel discutíamos el programa de microfilmación de archivos y se consideraba que una parte muy importante eran los cambios en la propiedad de la tierra en el Valle del Cauca, teniendo en cuenta como modelo metodológico lo que Mario Góngora había

hecho para Chile. De todos modos eso nunca se realizó, porque eso exigía un trabajo en equipo.

H y E: Leyéndole algunos textos de 1986 encuentro reflexiones suyas sobre el concepto de región, de regionalidad, me parece que en esa definición se establecen vínculos interdisciplinarios con la geografía y con la etnografía, sobre todo.

F.U.Z.: Sí, es cierto. El estudio sobre Obando me había puesto en el problema de entender la proyección del líder regional hacia el líder nacional; aparte de eso, dentro de El Patía, en mi libro sobre esa región, me encuentro con que los patianos tienen un concepto de su región que no es ni económico ni es estrictamente geográfico, que es más bien una concepción cultural. Frente a eso, en un seminario que hicimos sobre región, me vi obligado a repasar mis notas y a sustentar la idea cultural de región. A mí me interesaba de todos modos examinar la región como algo dinámico, que se amplía, que se estrecha, que cambia. Dándole piso al concepto en Vidal de la Blache y Fernand Braudel descubrí que región podía entenderse como algo dinámico, en permanente cambio.

H y E: Cuando Usted y otros profesores comenzaron a hablar de historia regional, estaban construyendo un objeto de estudio. En esa construcción permanece la antinomia historia regional/historia nacional. ¿Usted cree que esa antinomia es todavía válida?

F.U.Z.: Bueno, eso lo discutimos alguna vez en un seminario en Bucaramanga. Algunos historiadores concebían que el estudio de lo regional se adelantara por una especie de programa que fuera definido por el desarrollo nacional; es decir, el desarrollo nacional determinaría qué tipo de problemas deberían estudiarse a nivel de región para examinar ese desarrollo. Otros defendíamos la tesis contraria. Yo pienso que de los análisis regionales y de la articulación de los análisis de cada región del país debe producirse, debe surgir necesariamente una serie de elementos comunes que deben ser algo así como la columna vertebral de una historia nacional que se escriba de abajo hacia arriba; porque me parece que la otra propuesta habla de escribirla de arriba para abajo y eso ya lo hemos hecho.

H y E. Debe haber algún nexo entre su preocupación por la historia regional y lo local cuando Usted formuló aquella propuesta de un museo comunitario, en la que sintetiza la necesidad de rescatar

la historia oral de comunidades locales que son, a su vez, protagonistas de la Historia.

F.U.Z.: Yo creo que sí. A los maestros de la especialización, especialmente los de primaria, yo les he dicho mucho que enseñen una historial local; pero que la vean siempre en relación con la comunidad, que aprovechen la historia desde la escuela para ir conociendo su entorno más inmediato, de tal manera que esa comunidad se entienda integrada y con un papel muy definido ante comunidades más amplias. Mi idea es que lo local es la célula que permite construir una visión más amplia que cubrirá toda la región. Es decir, yo no creo que existan barreras tan definidas entre lo local, lo regional y lo nacional.

H y E: *Este interés por las historias de comunidades específicas tuvo concreción en su proyecto de museo comunitario para Buenaventura. ¿En qué término ese proyecto?*

F.U.Z.: Bueno, yo he estado muy vinculado a las comunidades afrocolombianas y sin duda sí había algo de proyecto político relacionado con la memoria colectiva, con una cierta concepción del mundo, la de los afrocolombianos, que permita rescatarlos del marasmo de la aculturación y de la relación con los partidos políticos tradicionales.

Ese proyecto no tuvo mayor desarrollo práctico; estuvo pensado específicamente para Buenaventura, porque en aquel momento creíamos que podíamos recuperar la Casa de la Aduana con el fin de conservar su archivo y otros archivos locales que pudiéramos recuperar; también deseábamos construir archivos orales y visuales, además de una biblioteca especializada en asuntos de la costa pacífica. En definitiva, queríamos un centro cultural con el espacio suficiente para acoger diversas manifestaciones artísticas. Lamentablemente, esa propuesta no tuvo el apoyo suficiente de las autoridades de la ciudad ni de las mismas comunidades negras.

H y E: *A propósito de sus preocupaciones por la organización y recuperación de archivos que ha mencionado, es forzoso establecer un contraste con el desinterés de las últimas generaciones de historiadores por el elemental contacto con las fuentes documentales. Parece que el historiador de hoy ha perdido el encanto por el trabajo de archivo como una actividad básica de su formación. ¿A*

qué se debe que el historiador ahora no asuma ese liderazgo en la conservación del patrimonio cultural, en cuanto a creación de archivos locales, orales y documentales, qué errores estamos cometiendo en la formación universitaria?

F.U.Z.: Creo que en la formación de futuros historiadores es necesario comenzar por invitar a leer a los autores clásicos de la historiografía de cada época; no solamente hay que leer a los autores más recientes, porque eso significa confundirnos entre estar bien informado y estar al día. Además, aquí en la Universidad el estudiante ha vivido varias etapas; primero que todo, el estudiante dejó de leer y nosotros le dimos una solución en ese momento: las conferencias mimeografiadas. De tal modo que eso era todo lo que un estudiante leía. Después, por fortuna, abandonamos eso y seguimos con las fotocopias y esta modalidad sólo muestra en ocasiones qué tan a la moda anda el profesor y no todo lo que él pueda saber sobre lo que enseña; en conclusión, el estudiante ha abandonado la lectura completa de los libros y ha terminado por convertirse en algo tan superficial como las fotocopias que le entregamos. Si nosotros nos preocupáramos por darle el análisis reciente y ponerlo en contraste con lo anterior, y a eso le agregamos la indagación o la aproximación a las fuentes documentales, la situación sería mejor. La aproximación a las fuentes documentales muestra la necesidad de que el estudiante participe en talleres para que pueda analizar el documento de tal modo que le permita producir un conocimiento que sea, a la vez, el autorreconocimiento de que él mismo puede llegar al gratificante momento de iluminar con su lectura y su interpretación un trozo del pasado.

H y E: *Usted participó en la creación de la Licenciatura en Ciencias Sociales, ¿qué lo motivó a crear ese programa académico?*

F.U.Z.: Sí, yo cree ese plan de estudios. Lo hice porque a mí me ha preocupado mucho, siempre, que en el bachillerato se tenga una noción de Ciencias Sociales muy diferente a la que se tiene en la Universidad. En la Universidad vemos como ciencias sociales a la sociología, la economía, las ciencias políticas, la historia; es decir, vemos una serie de disciplinas que dan cuenta de lo que le sucede al hombre como miembro de un grupo social; mientras tanto, en el bachillerato las ciencias sociales constituyen algo más etéreo y parecen vinculadas a la necesidad de armar un

grupo de materias afines sobre la ideología; entonces allí las ciencias sociales tienden a ser básicamente geografía, historia, filosofía, religión y cívica. Allí la función es completamente distinta y nosotros aquí en la Universidad asumimos las ciencias sociales como unas disciplinas para conocer la sociedad. Yo creo que nosotros todavía conservamos la pretensión de que eso nos va a servir para una prospectiva comunitaria. En el bachillerato, las ciencias sociales no poseen una prospectiva y están diseñadas para mantener las condiciones sociales existentes, para legitimarlas y a mí me parece que la cívica y la religión hacen parte de eso. En definitiva, las ciencias sociales en el bachillerato son absolutamente reproductoras del sistema y yo pienso que no hay compatibilidad entre una cosa y la otra, por eso nuestros estudiantes de la Licenciatura en Ciencias Sociales salen sin la capacidad para manejar esa situación, no saben introducir los elementos analíticos necesarios. Entonces yo pensaba que si era muy difícil introducir algunos cambios importantes en el bachillerato, por lo menos si podíamos empezar por preparar en la Universidad un profesional con un conocimiento satisfactorio de las disciplinas y que, también, estuviera informado acerca de la realidad social; así sería más probable que asumiera un papel crítico en su actividad docente.

H y E: ¿Y por qué, además, se pensó que debía ser una licenciatura nocturna?

F.U.Z.: La Universidad en ese momento, ni ahora, estaba atendiendo a la gente que trabaja; y nosotros, con la ayuda de la Vicerrectoría Académica de entonces, estábamos pensando que al menos esta licenciatura debía abrirse a esa gente que está trabajando durante el día; que había que facilitar condiciones para que pudieran estudiar en las horas de la noche, a sabiendas de que otras universidades nos llevaban la delantera, como sucede con la Universidad Santiago de Cali, que tenía copado, y aún lo tiene, todo el mercado de las licenciaturas nocturnas.

H y E: Uno de los retos de este Departamento es revivir los estudios de maestría en Historia, ¿cómo cree Usted que debería orientarse esa formación de posgrado?

F.U.Z.: Pienso que aprovechando los cambios actuales en los estudios superiores, debería procurarse tener en el Departamento un

programa de maestría en Historia en el que, además de unos pocos cursos comunes, cada estudiante pudiera aprovechar los desarrollos investigativos y las experticias de los profesores para organizar su propio curriculum y hacer de la maestría un programa que, al tiempo que entrene en la investigación, inicie un proceso de especialización de su desempeño como historiador.

H y E: ¿Qué balance hace de su labor como docente?

F.U.Z.: Yo acostumbro hacer presentaciones generales de mis temas y los estudiantes deben desarrollarlos, con ese supuesto trabajo. Intento que en el desarrollo de los temas se logre hacer debates en las clases, en muchas ocasiones debo dinamizar y encauzar esos debates. Pero, en general, yo no creo en la clase de horario fijo, sitio fijo y tema fijo. Por eso, en lo posible y con los estudiantes que lo deseen -y eso es lo que diferenciaría al alumno del discípulo- permanezco dispuesto a conversar con ellos en mi oficina y en la cafetería, porque de esa forma sí es posible abocar los temas que uno quiere y cuando uno quiere. Y en ese momento percibo mayor interés de los estudiantes. Creo que eso debería promoverse más en la Universidad, ojalá se implantaran especies de seminarios en que el profesor cuente con una buena biblioteca en su oficina y siente a los estudiantes a escoger textos, a leerlos y a discutirlos.

Ahora bien, uno no tiene completa claridad acerca de cómo ha logrado influir con ese método en la formación de los estudiantes; sería atrevido dar nombres de antiguos estudiantes en que se haya plasmado mi esfuerzo docente, porque habría excluidos e incluidos en el listado. Aunque sí es importante que en el Departamento trabajemos más en establecer qué repercusión ha tenido nuestro esfuerzo en la formación de futuros profesionales de la Historia. Pero, sin duda alguna, hay un momento en que se puede influir muchísimo en el estudiante y es durante el desarrollo de su trabajo de tesis; sin duda, creo que esa es la tendencia, a que los estudiantes reconozcan que en el período en que más aprenden es en el de la elaboración de su trabajo de grado y en ese proceso tiene mucho que ver el director. De todos modos, unos estudiantes reconocerán esa influencia, otros no.

H y E: Ahora hablemos del futuro: ¿qué le vaticina Usted a la disciplina histórica en Colombia?

F.U.Z.: Yo creo que progresivamente los gobernantes se han dado cuenta de la importancia de la historia, estén o no de acuerdo con sus resultados. Encuentra uno ahora más fácilmente a historiadores que hacen parte de un gabinete, que cumplen con funciones de asesoría y consejería. En ese sentido la historia ha ganado relieve y eso implica la existencia de una cierta consciencia histórica de la dirigencia política nacional. Por otro lado, la Constitución de 1991 le confirió a los historiadores un papel importante tanto frente a las comunidades indígenas como ante las comunidades negras y que, como extensión, también tendrá que dirigirse al resto de la población mestiza. Eso tiene que ver con el reconocimiento de la diversidad cultural, de la diversidad de tradiciones, la necesidad de recuperar esa diversidad para lograr que esas comunidades avancen en algún grado de autodeterminación y de participación. En esos asuntos el historiador tiene mucho qué hacer .

Por otra parte, los planes de historia tienen que empezar a aprender a reconocerse más interdisciplinarios y para llegar a ese nivel esos planes deben empezar a ser más tolerantes, a entender que no pueden exigir exclusivamente trabajos de historia y nada más que de historia. Hay que permitir y promover el diálogo entre las disciplinas que siempre producirá algo valioso. Así que en vez de andar preocupados por defendernos ante las otras disciplinas, debemos integrarnos en un intenso diálogo con las demás ciencias sociales.

Hy E: En los últimos años hemos experimentado una cierta dispersión temática en la investigación histórica. ¿En medio de tanta dispersión no será necesario orientar a los estudiantes en el reconocimiento de unas prioridades, de unas omisiones que no han sido reparadas, antes de seguir al vaivén de cualquier moda contemporánea?

F.U.Z.: Sí, creo que, por ejemplo, desde un curso como Introducción a la historia deberíamos decirle al estudiante que la Historia tiene tales vínculos con otras disciplinas, señalarle cuáles han sido los temas fundamentales que se han ido investigando en esa disciplina, de qué manera se han investigado, qué se ha obtenido hasta ahora, de tal manera que más adelante el estudiante reconocerá qué huecos existen en ciertas áreas; pero también hay que enfatizarle en lo siguiente: que en la historia no existen estudios definitivos, que no hay temas en que todo se ha dicho y que

el asunto ha sido clausurado y que ya no hay nada para agregar al respecto. No, siempre habrá otras formas, otras necesidades, otros énfasis. Ningún tema en historia es definitivo, por eso hay que demostrar que se puede agregar algo nuevo y diferente, ya sea por la temporalidad escogida, por el punto de vista teórico, por el tratamiento de las fuentes, en fin.

Ahora bien, mencionar cuáles son los huecos investigativos en la historiografía colombiana, ese es un inventario muy difícil de elaborar. Si nosotros tuviéramos una tradición fuerte en algún tipo de estudios y pudiéramos concentrar a los estudiantes en, por ejemplo, estudios regionales o locales, podríamos definir con claridad qué es lo que está faltando.

En todo caso, yo percibo una asusencia. Si comparamos lo que se hacía como Historia a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, acerca del siglo XIX, encontramos que es muchísimo más que lo que se ha escrito y pensado sobre la historia de ese siglo. Yo creo que nosotros no hemos reflexionado el siglo XX y pienso que en eso ha influido mucho ese criterio según el cual los historiadores debemos tener cierta distancia con respecto al objeto de estudio. Todo el proceso de industrialización, todo el proceso de cambio que ha sufrido esta sociedad durante este siglo no se ha estudiado seriamente.

H y E: Bien, a propósito de su reflexión sobre el siglo XX, entonces qué opina de aquella historia del tiempo presente o del pasado cercano.

F.U.Z.: Siempre se ha querido invalidar este tipo de historia dizque por allí interviene demasiado la subjetividad y creo que la mejor forma de intentar ser objetivo es no negar la importancia de la subjetividad, no podemos negarnos la participación en el análisis de aquello en que estamos inmersos. Pienso que es preferible partir de reconocer la intervención de la subjetividad y eso es mucho mejor que cerrar los ojos procurando alejarnos en el tiempo. De tal manera que creo que sí es posible hacer historia hasta de lo temporalmente más cercano a nosotros, pero siempre y cuando aprendamos a no decirnos mentiras, a exponer muy claramente cuál es nuestra posición como historiadores y cuál es nuestra posición como políticos en momentos determinados.

Recuerdo ahora cuando asistí a un seminario en Bucaramanga, al que también fueron Alvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo,

Germán Colmenares, entre otros, y cuyo tema fue el papel del historiador frente a la militancia política. Por supuesto, allí hubo opiniones muy diversas: Germán Colmenares decía que no debía haber ninguna relación entre la política partidista y el oficio de historiador; Melo dijo que el historiador es un analista social y hasta ahí llega su carácter de historiador, lo demás que haga tiene que ver con su militancia de partido o su partido lo toma desde sus análisis como científico social. Yo, mientras tanto, pensaba que después de su análisis, de su estudio, al historiador le surge una serie de opciones que él tiene ante esa sociedad. Ahora, todas esas opciones y las decisiones que se tomen están muy vinculadas a la ideología; por lo tanto, aunque el historiador no vaya nunca a ser un ideólogo de partido, sí tiene derecho a enunciar sus opciones y sustentar cuáles y por qué son las mejores.

H y E: Para terminar, ¿cuál es su actual proyecto de investigación? Entiendo que ha venido realizando un estudio sobre los efectos de las migraciones de determinadas comunidades en Cali.

Bien, en este punto el profesor Zuluaga nos ha obligado a hacer un largo paréntesis. Como quizás nos sucede a muchos, no le ve al presente nada atractivo; además no quiere hablar más de sí mismo y menos en las circunstancias actuales de una universidad que declaró huésped de honor a la incertidumbre del día día. Pero un par de voluminosos informes finales de investigaciones recién culminadas rondan su escritorio y sirven para dar cuenta de lo que son sus prioridades. En las actividades del grupo de investigación interdisciplinaria -Cununo- el profesor Zuluaga presentó en calidad de coautor un documentado *Diagnóstico de las comunidades negras e indígenas en la ciudad de Cali*. Cununo es un grupo interdisciplinario, formado por profesores y estudiantes que, desde 1995, se ha dedicado al estudio de los procesos históricos que ha sufrido la población de origen africano en Colombia y al examen de cómo esos procesos contribuyen a dar razón de la situación y características de las comunidades afrocolombianas en la actualidad. La otra investigación de reciente culminación la hizo en compañía del profesor Mario Diego Romero y fue presentada a Colciencias bajo el título *Sociedad, cultura y resistencia negra en Colombia y Ecuador*. En esos dos trabajos se plasman las principales preocupaciones de este historiador durante los dos últimos años.

